La batalla de Rivas del 11 de abril de 1856

El llamamiento a las armas lanzado por D. Juan Rafael Mora para expulsar a Walker y demás filibusteros de Nicaragua, me sorprendió en Puntarenas donde prestaba servicio como capitán de infantería, aunque a la sazón me hallaba gozando de licencia temporal.

En 1851, a la edad de veintiún años, ingresé en el servicio activo de las armas con el grado de subteniente y el empleo de secretario de la comandancia de la plaza de Guanacaste, de la cual mi padre, D. Rudesindo Guardia, era gobernador y comandante. Mi primo carnal Joaquín Lizano, que después sirvió altos puestos públicos y ejerció interinamente la presidencia de la República, era entonces secretario de la gobernación.

Desde niño tuve afición a la carrera de las armas. Tanto en mi familia paterna como en la de mi madre hubo militares distinguidos. Mi padre fué coronel; mi abuelo, D. Víctor de la Guardia, llegó a obtener los entorchados de brigadier en la provincia de Panamá en tiempos del gobierno español; y en 1823, habiéndose trasladado a Costa Rica, la Junta de Gobierno le nombró coronel del batallón provincial, que fué el grado más alto que se confirió en aquella época. Estimulado por estos antecedentes, me dediqué con empeño al estudio de la ordenanza y de la táctica y ascendí a teniente y después a capitán, no sin dificultad, porque antiguamente no se prodigaban como ahora los grados militares, cuando menos a los que éramos llamados *veteranos* por haber hecho del servicio militar una carrera. El comandante general D. José Joaquín Mora había establecido una disciplina muy severa en los cuarteles y formó un cuerpo de 25 ó 30 sargentos instructores muy competentes, que prestaron importantes servicios, especialmente durante la guerra.

A principios de marzo de 1856 llegaron a Puntarenas las primeras tropas del interior y recibí orden de trasladarme con ellas al Guanacaste. Hicimos el viaje en bongos hasta El Bebedero; de allí seguimos a Bagaces y después a Liberia, donde se hallaba el general Cañas disciplinando algunas milicias guanacastecas. En esta ciudad se concentró todo el ejército, compuesto de unos 2,500 hombres, al mando del general D. José Joaquín Mora, y se le dió la debida organización. Don José María Cañas, que había sido nombrado jefe de estado mayor y que desde los primeros días me mostró gran simpatía, me propuso para el mando de un batallón; pero los señores Moras no quisieron acceder a esto, por cuanto decían que yo no era amigo suyo. Entonces Cañas me nombró su primer ayudante, puesto para mí muy grato, porque este jefe ha sido uno de los hombres más afables y bondadosos que he conocido, a la vez que valiente, enérgico y excelente militar. Antes de la salida de las tropas hubo una gran revista en Liberia y yo fuí nombrado para mandarla, supongo que por influencias de Cañas.

Nuestro ejército presentaba un aspecto admirable. Estaba formado en su totalidad por voluntarios, todos jóvenes y robustos, porque hubo de sobra donde escoger entre los millares de hombres que se presentaron al llamamiento del Presidente. Los que no fueron elegidos regresaron a sus casas profundamente disgustados, tal era el estusiasmo que despertaba en todas las clases sociales aquella

guerra tan justa. Entre los oficiales se contaban casi todos los jóvenes de las principales familias del país; algunos se habían alistado en calidad de soldados, entre ellos D. Próspero Fernández, más tarde general y Presidente de la República.

Como ejemplo del entusiasmo que reinaba por la guerra, puedo citar el caso de mi hermano Faustino Guardia, que sólo tenía entonces dieciocho años. Se hallaba en Alajuela con mi madre cuando salió el ejército, y a pesar de sus repetidas solicitudes para que se le incorporase en las filas, no lo consiguió, entre otras cosas por la oposición de mi madre, que alegaba con justicia que ya tenía dos hijos en camino de la frontera, mi hermano Tomás y yo. Faustino, que era de espíritu muy inquieto y sumamente valeroso, no pudo consolarse de la negativa que se le opuso y se escapó de Alajuela en una mula cerril. Llegó a Puntarenas, ciudad de que era gobernador mi padre, y después de recibir allí la merecida reprimenda, se me apareció un día en Liberia con lo encapillado y sin un real. Con el producto de la venta de un reloj y un doble sueldo que debí a la generosidad de Cañas, pude comprarle lo necesario y fué incorporado, con el grado de subteniente, al cuerpo de caballería que mandaba el sargento mayor veterano Julián Arias.

Habiendo llegado noticias al cuartel general de que fuerzas de Walker se hallaban en territorio de Costa Rica, marchó de Liberia una columna de 500 hombres a las órdenes de D. José Joaquín Mora, en dirección a la frontera de Nicaragua. El 20 de marzo en la tarde salí con el general Cañas y un batallón y fuimos a dormir a Los Ahogados, a cuatro leguas de Liberia. Allí nos llevó en la noche un capitán nicaragüense, llamado Felipe Ibarra, la noticia de la victoria de Santa Rosa. Excuso decir la alegría que nos produjo, porque los filibusteros pasaban por invencibles. Al día siguiente continuamos la marcha y en el lugar llamado El Pelón nos juntamos con la vanguardia vencedora. Traía unos veinte prisioneros, la mayor parte europeos. Don José J. Mora, que era hombre compasivo, aseguró a estos infelices, en presencia mía y de otros oficiales, que no serían pasados por las armas. De El Pelón regresamos todos a Liberia. Llegados a esta ciudad, D. Juan Rafael Mora sometió a los prisioneros a un consejo de guerra, que estuvo reunido dos días. Mientras duraban las discusiones, uno de ellos, que era italiano, me reconoció como uno de los oficiales que habían oído las palabras del general y me suplicó que intercediera con el Presidente. Yo creí de mi deber hacerlo; me presenté en el cuartel general, y llegando a presencia de D. Juan Rafael le referí lo ocurrido en El Pelón. Me contestó muy exaltado que si yo pretendía favorecer a los filibusteros; que éstos eran hombres considerados como fuera de la ley en todos los países del mundo; que era necesario escarmentarlos, etc. Por mi parte contesté que la palabra de un general también era ley en todas partes; pero el resultado fué que salí con las cajas destempladas. El consejo de guerra dictó sentencia de muerte contra los prisioneros, que fué ejecutada en Liberia. En mi calidad de jefe de día me tocó el penoso deber de llevar las tropas a presenciar la ejecución. Por fin salimos para la frontera y nos concentramos todos en Sapoá, donde se pasaron algunos trabajos por la escasez de víveres, que había que traer desde Liberia en unas pocas mulas que iban y venían constantemente. La carne no faltaba, pero un plátano llegó a valer hasta dos reales.

Estando en Sapoá tuvimos aviso de que desde la bahía de Potrero Grande habían visto pasar un vapor navegando al Sur con un barco de vela a remolque, y se temió que pudiera ser una nueva expedición de Walker dirigida contra nuestras costas. Inmediatamente se dispuso que el general Cañas regresase a Liberia con el batallón que mandaba el sargento mayor D. Juan Francisco Corrales. Yo me encontraba en un lugar llamado Las Animas, situado como a una hora de Sapoá a caballo; y me incorporé al batallón cuando por allí pasó a las seis de la tarde. Anduvimos toda la noche sin parar, y al día siguiente entramos en Liberia a las diez de la mañana, después de una terrible jornada de veinte leguas, que el batallón soportó valientemente, sin una protesta ni un murmullo, con la disciplina y sumisión de una tropa encanecida en el servicio de las armas.

En Liberia permanecimos poco tiempo, hasta que se supo que el vapor pertenecía a la Compañía del Tránsito y que el buque que llevaba a remolque iba cargado de carbón. Regresamos entonces a Sapoá, de donde había partido ya el ejército, y continuamos hacia Rivas. El 10 de abril en la tarde acampamos a una jornada corta de esta ciudad. Estábamos preparando el rancho cuando recibió Cañas un correo del cuartel general con la orden urgente de apresurar su llegada, porque se temía un ataque de Walker de un momento a otro. En el acto se puso el batallón en marcha sin comer y a las nueve de la noche entramos en Rivas. En una casa situada frente a la que ocupaba el Presidente Mora y el estado mayor general, fuimos alojados los ayudantes de Cañas. Rendidos de cansancio nos metimos inmediatamente en la cama sin pasar bocado.

A la mañana siguiente, después de bañarme y endosar un uniforme limpio, me dispuse a salir en busca de una taza de café que me pedía el cuerpo con urgencia. En el momento en que asomé a la calle vi que llegaba un hombre a todo correr a la casa del frente que, como he dicho ya, era la que ocupaba el estado mayor general. Después supe que este hombre era un rivense, que si mi memoria no me es infiel se llamaba Padilla. Comprendiendo que algo sucedía, me acerqué a las gradas de la casa del frente. Oí entonces que aquel hombre decía con voz alterada que hallándose en el solar de su casa había visto a los filibusteros en las Cuatro Esquinas. Uno de los oficiales presentes, D. Luciano Peralta, le contestó con zumba que de seguro su mujer debía hallarse de parto cuando estaba tan asustado. Corrido y mohino el hombre por esta respuesta intempestiva, dió la vuelta y bajó las gradas; pero en aquel mismo instante exclamó señalando hacia el Este: "No me quieren creer; véanlos, ahí vienen". Varios jefes y oficiales salieron a la puerta y todos pudimos divisar en dirección de la iglesia y como a unas cuatrocientas varas de distancia, una tropa que entraba en columna cerrada y a paso de carga. ¡El enemigo nos había sorprendido!

Hubo entonces en el cuartel general la confusión inevitable en estos casos. El general Cañas llegó pocos momentos después a caballo a pedir órdenes; yo le pregunté que si debía seguirlo y él me mandó que lo aguardase allí. Un capitán Marín, artillero, conocido con el apodo de Burro Marín, recibió la orden de contener al enemigo con un cañoncito de cuatro libras que estaba cerca. La casa ocupada por el Presidente Mora se hallaba en una esquina, a doscientas varas al Oeste de la plaza. Marín, acompañado de unos pocos hombres, avanzó hasta lle-

gar a corta distancia de la plaza; pero ya los filibusteros eran dueños de ésta, del Mesón de Guerra y del Cabildo. Casi todos los artilleros fueron muertos, el mismo Marín herido y el cañoncito cayó en poder de los yanquis; pero este movimiento contuvo su avance y salvó al estado mayor general que pudo haber sido hecho prisionero si el enemigo hubiera avanzado hasta la siguiente esquina.

Los yanquis metieron el cañoncito por una de las puertas del Mesón. De allí lo empujaban hacia la calle con la puntería baja y desde dentro lo disparaban con un cordel; luego lo volvían a meter para cargarlo, arrastrándolo con unas cuerdas que amarraron a la cureña. Don José Joaquín Mora me ordenó entonces que con media compañía, o sean cuarenta y cinco hombres, fuese a recuperar el cañón. Salí a la calle con mi gente, que mandé abrir en dos filas, recomendando a los soldados que fuesen amparándose a las ventanas, que por ser voladas ofrecían algún abrigo, y que no quitasen los ojos del cañón, porque como lo disparaban en la forma que he dicho, la metralla iba unas veces a la izquierda, otras a la derecha; pero lo que más daño nos hacía era el fuego de los rifles desde el Mesón y el Cabildo. Necesariamente tuve que pasar repetidas veces de un lado de la calle al otro durante el trayecto, para esquivar la metralla o animar a los soldados que se agolpaban en las ventanas. De los aleros nos caían sin cesar pedazos de tejas rotas, porque íbamos materialmente bajo una lluvia de balas y de metralla. Así anduvimos cien varas. En la esquina Noroeste del Mesón y a unas cincuenta varas próximamente del sitio donde se hallaba la pequeña pieza de artillería, nos salió de pronto al encuentro un grupo de filibusteros. Mandé entonces unir las filas, y cargué contra ellos, obligándolos a refugiarse en el Mesón. Tan sólo uno hizo frente y fué acribillado a bayonetazos. Yo le quité el rifle, que conservé durante algunos años como recuerdo de aquel día sangriento.

El destacamento que acabábamos de poner en fuga había salido del Mesón a posesionarse de un fortín, resto de una antigua línea de defensas y situado en la esquina Nordeste de la manzana en que estaba la casa ocupada por el cuartel general. Considerando que con los pocos hombres que me quedaban era locura intentar apoderarme del cañón, y por otra parte el inmenso peligro que habría en permitir que una posición de tal importancia cayera en poder del enemigo, hice entrar al fortín los trece hombres que me quedaban. ¡Treinta y dos habían caído en el camino! Este fortín estaba levantado sobre las paredes de una casa a medio construir, calle de por medio con el Mesón, y cuyas puertas y ventanas, menos una, estaban obstruídas con adobes. En el acto mandé aviso al cuartel general, por dentro de los solares, de haber ocupado el fortín y pedí órdenes al mismo tiempo. Se me contestó que lo conservase a todo trance y me mandaron un refuerzo de 10 ó 12 hombres al mando del oficial D. Rafael Bolandi, que fué herido al entrar al fortín desde el techo del Mesón, donde se habían situado muchos tiradores yanquis. Procedí entonces a cerrar con adobes la única ventana que no lo estaba. En esta faena me mataron varios hombres.

Desde la parte alta del fortín abrimos el fuego sobre el enemigo, que se refugió en el Cabildo y el Mesón. Uno de los soldados me facilitó una carabina Minié, arma de las más perfectas de aquella época, que tiraba una bala cónica de onza y media, la cual producía un ruido muy semejante al maullido de un gato

(1). Con esta carabina hice varios disparos sin resultado a un jefe yanqui que llevaba lujoso uniforme y sombrero con penacho. Este jefe se asomaba de vez en cuando al corredor del Cabildo, blandiendo la espada y animando a su gente, pero se metía de prisa dentro del edificio al oír el desagradable sonido de las balas de mi carabina. Con un filibustero grande, gordo y de camisa roja tuve mejor acierto. Frente a la entrada del Cabildo que miraba al Sur, había un descanso de mampostería, con gradas a oriente y poniente. El filibustero se había echado de barriga sobre las que bajaban hacia el Este y desde allí nos disparaba, apoyando su rifle sobre el descanso y ocultándose después de cada tiro. Habiendo observado su maniobra, puse cuidadosamente la puntería al descanso y aguardé. A poco surgió la mancha roja de la camisa a ciento cincuenta varas y largué el tiro. No volvió a asomar el yanqui; pero al día siguiente, cuando ya no me acordaba del asunto, pasé por frente del Cabildo y de pronto me estremecí al ver tendido en las gradas a un hombrazo de camisa colorada, y de prisa me desvié de aquel sitio.

Insistiendo el estado mayor en recuperar el cañón, mandó con una guerrilla al valiente capitán veterano Vicente Valverde, que avanzó con mucho denuedo hasta el fortín. En este momento observé que se preparaban a hacer una descarga cerrada del Cabildo y grité a los de la guerrilla que se echaran al suelo, cosa que hicieron los oficiales Macedonio Esquivel y un Mayorga, de Cartago, así como algunos soldados; pero Valverde era sordo y sin duda no me oyó. Se quedó suspenso y mirando a un lado y otro, como buscando la explicación de alguna cosa. Sonó la descarga y Valverde cayó muerto sobre un montón de cadáveres. En otro ataque que se hizo con igual objeto, fueron heridos en el mismo sitio los capitanes D. Joaquín Fernández y D. Miguel Granados, pero yo no los vi caer. Fernández tuvo la presencia de ánimo de fingirse muerto, porque los filibusteros tiraban sobre los heridos. Granados estuvo agitándose y lo ultimaron desde el Mesón.

El sargento mayor D. Juan Francisco Corrales estaba acuartelado con su batallón, compuesto casi todo de gente de Alajuela, en una casa situada diagonalmente con la esquina Sudoeste del Mesón. La entrada de los filibusteros lo sorprendió a medio vestir, y tomando su espada se echó a la calle con un pantalón blanco y en mangas de camisa. Estuvo peleando allí largo rato a pecho descubierto con admirable arrojo y perdió mucha gente en su empeño de desalojar al enemigo del Mesón. Más tarde atravesó la calle y vino al fortín por dentro de los solares a preguntarme si le podía dar algunos hombres. Le contesté que era imposible porque tenía muy pocos, pero le indiqué una puerta entre dos solares, por donde podría llegar al cuartel general. Al cabo de una hora próximamente lo vi volver con unos veinte soldados por mitad del solar. Le grité de lo alto del

---

(1) "Brewester también había logrado despejar el lado de la plaza por donde había entrado, y con la compañía del capitán Anderson al frente llevaba adelante su columna hacia las casas ocupadas por los costarricenses. Sin embargo, unos cuantos enemigos armados con fusiles de precisión habían tomado posesión de la torre al frente de los rifleros, y tanto los molestaron que finalmente tuvieron que ponerse a cubierto". Walker, *Historia de la Guerra de Nicaragua. N. del E.*

fortín que se guareciera del fuego que hacían desde el tejado del Mesón, pero en ese mismo instante cayó. Un sargento salvadoreño llamado Cipriano, que lo acompañaba, se precipitó a auxiliarlo, preguntándole dónde estaba herido. "Me han matado—le contestó Corrales—; pero no importa, porque muero con honra". La muerte de este jefe fué muy sentida. Era un caballero muy valeroso, simpático y de muy buena presencia. Después se dijo, no sé por qué, que lo había matado un alemán que lo conocía muy bien y había sido jardinero de los Moras antes de ingresar en las filas de Walker.

En un momento del combate que no puedo precisar, vi venir por la parte Norte de la ciudad a mi querido amigo el capitán Carlos Alvarado montado en una mula. Cuando iba a llegar a la esquina le grité que tuviese cuidado con los enemigos del Mesón. Carlos no se detuvo, sin embargo, y dobló la esquina hacia el Oeste, en dirección del cuartel general. Luego me dijeron que lo habían herido al llegar allí; pero su hermano D. Rafael Alvarado, que vino después al fortín, me dió la triste noticia de su muerte.

Más tarde presencié el acto heroico de Juan Santamaría. Lo vi desprenderse del cuartel de Corrales con una tea, atravesar la calle y aplicarla al alero de la esquina Sudoeste del Mesón. Regresó sano y salvo. A poco lo vi salir de nuevo y hacer lo mismo; pero esta vez, al retirarse, cayó hacia media calle. Yo conocía a Juan Santamaría como a mis manos. Siendo niño viví largo tiempo en Alajuela. Santamaría era tambor en el cuartel y ya desde entonces se le daba el mote de *El Erizo*. Cien veces me bañé con él y otros granujas en los ríos que corren en las cercanías de aquella ciudad. Su acción heroica la presenciamos muchos y no sé cómo ha podido decir el doctor Montúfar en su libro *Walker en Centro América,* que puede asegurarse que en los días posteriores a la acción de Rivas no se hablaba de él, aunque se repetían los actos de heroísmo de otros combatientes". Fué todo lo contrario. Tanto en los días inmediatos a la batalla, como en la retirada del ejército, el nombre del héroe alajuelense estaba en todas las bocas. Esto yo lo afirmo y lo certifico, y me hago la ilusión de creer que alguna fe merece la palabra de un viejo militar de setenta y ocho años, que ama la verdad por encima de todas las cosas. En tiempos de la administración de D. J. J. Rodríguez, cuando se erigió la estatua de Santamaría, se hizo una información de testigos presenciales del hecho. En ella no figura mi declaración porque la persona encargada de seguirla creyó indigno de su grandeza venir a mi casa a recibirla. El no aparecer el nombre de *El Erizo* en los partes oficiales no prueba nada. Basta leer esos documentos, concisos y vagos, para convencerse de que en ellos faltan muchas cosas. Por otra parte, hubo tal derroche de heroísmo el 11 de abril de 1856 en Rivas, que se habrían necesitado muchas páginas para consignar todas las acciones dignas de pasar a la posteridad.

Dentro de la casa me mataron seis o siete hombres por los pequeños espacios que mediaban entre los adobes y que nos servían de aspilleras. Combatíamos contra los del Mesón con calle de por medio, es decir, a la distancia de unas ocho varas, y era tan buena la puntería de los yanquis, que se necesitaba verdaderamente un valor temerario para acercarse a las ventanas. Recuerdo a un pobre soldado santacruceño, que por nada en el mundo quería arrimarse a la aspillera.

Dediquélo entonces a traer agua de un pozo que había en el solar de la casa, porque nos moríamos de sed. Iba allí el hombre a cada rato con una pequeña caja de lata suspendida de un cordel, bajo una lluvia de balas que le tiraban del tejado del Mesón, y nos la traía llena de agua. No me explico cómo no lo mataron veinte veces en esta tarea peligrosísima. Pero bien dicen que no hay corazón traidor a su dueño. El infeliz se resolvió al fin a disparar su fusil por una aspillera y allí quedó muerto. También me mataron al teniente Juan Ureña, que situé con un piquete en una cocina separada de la casa, para hostilizar a los del tejado del Mesón. Se vino por el solar hacia el fortín y cayó en el trayecto.

Llegada la noche oímos a un herido que se quejaba en la calle. Un joven cabo me dijo de pronto: "Capitán, conozco esa voz. Es la de D. Joaquín Fernández. Yo me crié en su casa". Guiado por las quejas reconocí que el herido se hallaba frente a una de las ventanas y dispuse que se quitaran los adobes que la cerraban para socorrerlo; pero no hubo nadie que quisiese obedecer la orden. Entonces yo mismo los fuí quitando con muchas precauciones. Después, ayudado por mi gran estatura, saqué rápidamente una pierna a la calle, agarré al herido y me dejé caer bruscamente con él dentro de la casa, lo que le arrancó un grito de dolor, a la vez que nos hicieron algunos disparos. Era en efecto mi amigo Joaquín Fernández. "Gracias a Dios—me dijo—que ya estoy entre los míos". En seguida pidió agua y después de beberla me contó que durante todo el día había estado oyendo mis órdenes, pero que estaba tan ronco que no reconoció mi voz. Me refirió también que de tal manera lo había atormentado la sed, que tuvo que calmarla bebiendo sus propios orines. Lo hice trasladar al cuartel general para que lo curasen.

En la madrugada hubo un fuego violento, motivado por la retirada de los filibusteros a la iglesia. El silencio que reinó después me hizo sospechar que habían abandonado el Mesón, y a eso de las cinco de la mañana mandé pedir permiso al cuartel general para registrar el edificio. Me contestaron que no debía moverme de mi posición por ningún motivo. Poco después supimos la fuga de Walker y sus filibusteros. Pasada la excitación de la batalla, el estómago, reclamando sus derechos, me hizo recordar que desde la antevíspera en la mañana no le había echado nada; pero no se encontraba ni una taza de café. A eso de las once del día tuve una impresión gratísima. Se me presentó de pronto un individuo llamado Luz Calderón con una mula cargada de quesos, rosquillas y tamales dulces que me enviaban desde la hacienda de Catalina, perteneciente a mi tío D. Rafael Barroeta. Excuso decir la entusiasta bienvenida que le dí.

El espectáculo que presentaban las calles de Rivas el 12 de abril de 1856 era aterrador. Por todas partes había montones de cadáveres. Los heridos eran cosa de trescientos, y los muertos más todavía. La calle entre la esquina del fortín y la casa del estado mayor general, parecía un desmonte. Allí cayeron los capitanes Vicente Valverde, Carlos Alvarado y Miguel Granados, el teniente Ramón Portugués y si mal no recuerdo Florencio Quirós. En el solar de la casa que yo ocupaba yacían el sargento mayor Juan Francisco Corrales y el teniente Juan Ureña. En verdad, la alegría del triunfo no compensaba la pérdida de tantos valientes y abnegados hijos de Costa Rica.

Para honra de nuestras armas debo decir que no hubo un solo desertor ni un solo prisionero. El único hombre que desapareció fué un músico de la banda militar de la plaza de Heredia, conocido con el apodo de *El Cuáquero*. Este individuo era un original que tenía la chifladura de gastarse todo su dinero en ropas; parece que tenía hasta un frac. Cuando llegó el ejército a Rivas alquiló un cuarto en el Mesón de Guerra, alojándose en él con su lujoso equipaje. Estaba todavía en la cama cuando entraron los filibusteros, y como no se le volvió a ver nunca y su cadáver no fué hallado, se supone que se quemó en el incendio del Mesón.

En los momentos de la sorpresa la mayor parte de los soldados estaban dispersos por la ciudad desayunándose, pero inmediatamente acudieron todos a sus diferentes cuarteles. Calculo que en la batalla tomaron parte unos 1.500 hombres cuando más; porque en San Juan del Sur estaba un batallón y otro en La Virgen, que llegó en la tarde con D. Juan Alfaro Ruiz. El del coronel Ocaña no entró en combate, porque fué puesto de reserva para proteger la retirada en caso de necesidad. Entre las recompensas otorgadas por la orden general del día 12 de abril, tuve la satisfacción de leer mi ascenso al grado de sargento mayor.

Esta relación no es la de la batalla de Rivas del 11 de abril de de 1856, sino tan sólo la de los incidentes que yo pude ver de ese combate memorable, uno de los más sangrientos y encarnizados que se han librado en el suelo de la América Central. En él se prodigó el heroísmo pero también hubo gran lujo de inexperiencia, cosa muy natural tratándose de un ejército bisoño. Las tentativas para recuperar el cañón perdido por Marín fueron una insensatez, apenas comparable a las cargas de caballería contra casas aspilleradas. Esto último yo no lo presencié, pero me fué referido por mi hermano Faustino, que tomó parte en ellas. Al principio se pensó en perseguir a Walker, y fué mucha lástima que así no se hiciera, porque el famoso filibustero iba deshecho y escarmentado, y creo que si le hubiésemos dado alcance en Nandaime, donde se detuvo para esperar a los rezagados, habría terminado la guerra. En la mañana del 12 se formó una columna de 800 hombres al mando de Cañas para perseguirlo. Esta columna estaba dividida en cuatro secciones de 200 soldados, que debíamos mandar D. Santiago Millet, D. Indalecio Sáenz, otro jefe cuyo nombre no recuerdo y yo; pero luego se abandonó el proyecto.

A eso del mediodía del 12 recibí orden del general Cañas para ir a capturar a un filibustero portugués muy peligroso, que según se decía estaba escondido en la hacienda de San José, situada como a legua y media de Rivas. Partí con dos oficiales, uno de ellos era Román Rivas, nicaragüense. Llegados a la hacienda no encontramos más que a una vieja, que se negó a hablar hasta que la atemoricé con amenazas. Entonces confesó temblando que el portugués estaba oculto en un ranchito y que tenía un revólver y un rifle. De lejos nos mostró el rancho y echó a correr. Nos acercamos, y entrando de sopetón puse mi revólver en el pecho del filibustero que estaba echado en una hamaca y herido en un brazo. Mis ayudantes se apoderaron de sus armas y de una valija donde estaban los papeles que quería coger el estado mayor. Después monté al portugués, que era hombre fornido y mal encarado, en una yegua de la hacienda, que ensillamos con una albarda, y me lo llevé a Rivas.

Al echar pie a tierra en mi alojamiento recibí orden de Cañas para presentarme inmediatamente a su despacho. Lo encontré rodeado de jefes y oficiales, escribiendo en una mesa y, contra su costumbre, de muy mal humor. Me mandó tomar asiento y cuando acabó de escribir me tendió un pliego cerrado junto con una orden dirigida al coronel Ocaña para que me diera cincuenta hombres; y después de mandar a dos dragones y a un corneta que me siguiesen, me dijo: "Tome V. el camino de la Virgen. Cuando llegue a Las Lajas abra este pliego y haga lo que en él se le ordena". A lo que respondí: "Sus órdenes serán cumplidas, mi general". Saludé y di media vuelta. Al salir oí que Cañas pronunció algunas frases de encomio para mí. Después supe que varios oficiales se habían negado a desempeñar aquella misma comisión con 400 hombres.

Cuando llegué a Las Lajas abrí el pliego. En él se me ordenaba que siguiera hasta La Virgen con muchas precauciones, porque había noticias de que en ese puerto se hallaba Walker; que en caso de que así fuera me replegara a Rivas sin empeñar combate. Continué mi camino y al llegar cerca de La Virgen despaché a uno de los dragones a la descubierta, el cual regresó diciendo que no había ningún enemigo en el puerto y que allí me aguardaban para festejarme, inclusive el agente de la Compañía del Tránsito, que me hospedó en su casa. Al día siguiente Cañas me mandó el resto del batallón, unos 350 hombres, con orden que me llevó Faustino Guardia para que me quedase en La Virgen, por si Walker intentaba desembarcar allí.

La terrible epidemia de cólera que estalló en Rivas a fines de abril vino a destruir el fruto de nuestra victoria obligándonos a emprender la retirada. En ausencia de los generales Moras, D. José María Cañas tomó el mando del ejército y nunca como entonces mostró este ilustre jefe su grandeza de alma y la bondad de su corazón. Todos lo adorábamos y con justicia, porque fué un verdadero padre de los soldados en aquellos días aciagos. Tarea muy larga y muy triste sería la de referir los horrores de la epidemia y los sufrimientos del ejército. Muy pocos se libraron de la peste. A mi me atacó en El Ostional. Durmiendo estaba en una hamaca cuando sentí los primeros síntomas; por suerte, a mi lado reposaba el doctor D. Fermín Meza, único médico que nos había quedado. Lo desperté y acudí a su ciencia. "Si el ataque es agudo—me dijo el buen D. Fermín—sólo Dios te puede salvar; si es benigno tómate esto, que te lo convertirá en disentería". Me hizo beber entonces la mitad del contenido de un frasquito, advirtiéndome que la dosis restante la guardaba para él. El resultado fué tal como me lo pronosticó, y en Liberia un médico francés filibustero, llamado Lavallée, me curó la disentería y salvó a mi hermano Faustino del cólera.

Hallándonos en Sapoá de regreso, llegó una noche el barón prusiano von Bülow, hombrazo corpulento que tenía un apetito formidable, pidiendo qué comer. El general Cañas le dijo que sólo podía ofrecerle un jamón, una caja de galletas y otra de ginebra. "¡Nada mejor!" exclamó alegremente el prusiano, y sacando una navaja hizo el jamón en rebanadas; dió una pequeña parte a sus dos ayudantes, alemanes como él, y devoró el resto con gran satisfacción y no menor acompañamiento de ginebra. Cañas le preguntó si no tenía miedo al cólera, a lo que replicó el barón con la boca llena: "La colera se cura con una purganta fuerte, fuerte,

fuerte". A la mañana siguiente nos avisaron que estaba malísimo. No quisimos dejarlo abandonado y nos lo llevamos en una hamaca a Liberia. Después supe que había podido levantarse de la cama y que anduvo vagando por la población completamente desierta, envuelto en una bata, sin haber podido hallar quien lo auxiliase, porque todos los habitantes habían huído por temor al contagio, y fué voz pública que murió de necesidad. ¡Pobre barón Bulow, que puso su espada y su ciencia de ingeniero militar al servicio de nuestra causa!

Cuando llegamos a Liberia se dictó una orden general el 5 de mayo disolviendo el ejército. Cada oficial recibió una cuarta, cada soldado un escudo, y se nos dijo a todos que nos fuésemos a nuestras casas como pudiéramos.

¡Así fué licenciado aquel valiente ejército, el mejor de cuantos ha puesto Costa Rica sobre las armas!

VICTOR GUARDIA
(1908)

Misión diplomática de don Francisco María Oreamuno a Nicaragua en 1838 (1)

Instrucciones que lleva el Ministro especial nombrado cerca del Gobierno de Nicaragua.

1ª Celebrar un reconocimiento expreso y recíproco de la independencia, soberanía y libertad de los dos Estados, demarcando perpetuamente la línea divisoria de sus territorios y estipulando la mutua entrega de los reos y deudores a la Hacienda pública, sin diferencia de naturaleza y domicilio, que sean reclamados por la autoridad competente.

2ª Celebrar en consecuencia la más estrecha amistad entre Nicaragua y Costa Rica y prometerse una mutua defensa de su recíproca independencia, soberanía y libertad, estipulando los socorros que deben prestarse por mar y tierra en el caso de ser invadidos por el extranjero, por cualquiera de los otros Estados de la República, o por cualquiera persona que intente por la fuerza y bajo la denominación o carácter de nacionalidad deprimir los derechos indicados.

3ª Establecer la obligación de cooperar activamente a la creación de un gobierno general, de conservarlo y sostenerlo, de concurrir a sus gastos con el contingente proporcional y de reconocer la deuda nacional y concurrir también proporcionalmente a su indemnización.

4ª Establecer principios para auxiliarse recíprocamente cuando las autoridades legítimas respectivas fuesen desconocidas o atacadas por facciones intestinas.

---

(1) Archivos Nacionales. S. A. Serie I. Nº 5708, F. 42 v.